

CUENTOS DEL Mundo

ASIA

En cada lugar del mundo, se cuentan historias que son diferentes, pero, a la vez, se parecen.

Asia, un misterioso y milenario continente, nos regala maravillas de la literatura. Nos presenta culturas tan distintas a la nuestra, nos fascinan con sus enormes campos, sus caminantes incansables y sus montañas cubiertas de niebla. Nos deslumbra con escenas y personajes nuevos que nos enriquecen, hacen crecer nuestro mundo y nuestra imaginación.

En esta antología, como es natural, no podían faltar los campesinos del arroz, las muchachas bellas, los monarcas malvados, el agua, una y otra vez, las tempestades y los hombres y mujeres buenos.



UN LIBRO ES ALGO ÚNICO
NO ACEPTES FOTOCOPIAS

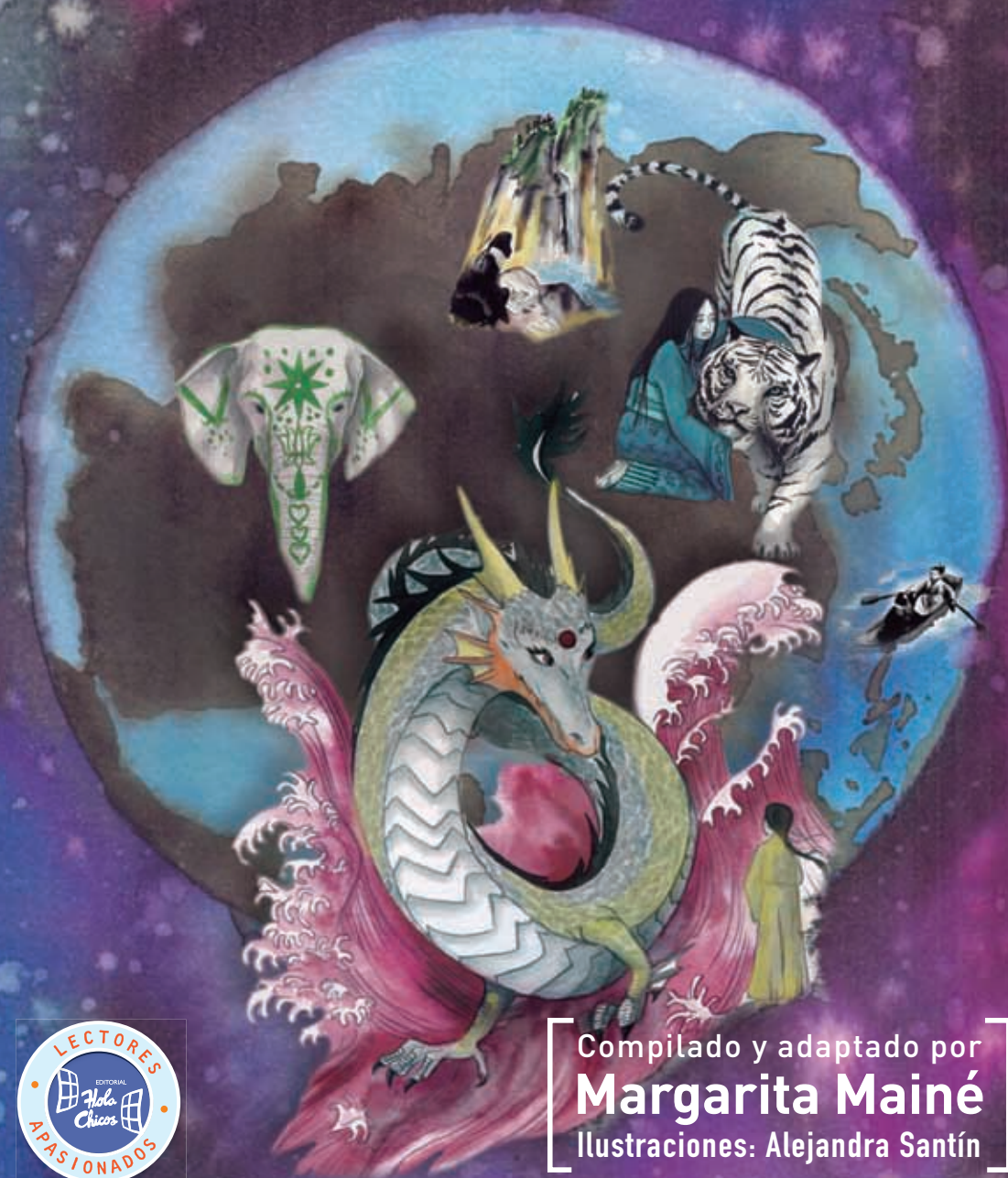
ISBN 978-987-4007-52-0



CUENTOS DEL Mundo: ASIA

CUENTOS DEL Mundo

ASIA



Compilado y adaptado por
Margarita Mainé
Ilustraciones: Alejandra Santín



CUENTOS DEL MUNDO

ASIA

[Compilado y adaptado por
Margarita Mainé
Ilustraciones: Alejandra Santín]



EDITORIAL HOLA CHICOS

Av. Callao 1121 4º "D" (1023) CABA, Argentina.

Tel. / Fax (011) 4812-1800 / 4815-1998

e-mail: holachicos@editorialholachicos.com.ar

www.holachicos.com.ar

CUENTOS DEL MUNDO: ASIA

Autora: Margarita Mainé

Diseño de tapa e interior: Donagh I Matulich

Ilustraciones: Alejandra Santín

ISBN: 978-987-4007-52-0

Producción realizada por Gráfica Linch S.A.

Enero 2019.

Mainé, Margarita

Cuentos del mundo : Asia / Margarita Mainé. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Hola Chicos, 2019.

112 p. ; 24 x 17 cm.

ISBN 978-987-4007-52-0

1. Cuentos Tradicionales. I. Título.

CDD 863.9282

© 2019 H ola Chicos S.R.L.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11723 y 25446.



ÍNDICE

EL PINTOR WANG FO.....	11
EL REGALO DE KIM.....	19
HALIBÚ Y SU SECRETO. Halibú, el cazador, cuento mongol ...	27
LA HISTORIA DEL SULTÁN INDYLAI	
De cómo Indylai escucha a una paloma	35
De cómo Indylai pierde a su familia	39
De cómo un elefante encuentra otro sultán.....	43
UNA LECCIÓN EJEMPLAR.....	49
LA MUJER CARACOL.....	55
LA CAPA MÁGICA.....	65
EL LAGO DE LOS OLIVOS	73
LA SAL DE LA VIDA	81
EL BIGOTE DEL TIGRE.....	89
LA SOSPECHA	97
LA CALABAZA DE ORO.....	101
BIBLIOGRAFÍA	109





Dicen que en el océano Pacífico existe el rey de los dragones que vive en el fondo del mar. Escuché hablar de él hace muchísimos años, cuando me contaron un cuento de dos hermanos que vivían junto a un lago, y que cierra esta antología tal cual lo recuerdo, ya que no pude encontrarlo en ningún libro.

Varias veces volví a admirar al rey de los dragones en muchos cuentos orientales. Y especialmente en un libro enorme que se llama *Viaje al Oeste*, un clásico de la literatura china, que lleva meses en mi mesa de luz con sus más de dos mil páginas.

El rey de los dragones y su castillo en el fondo del mar es una imagen bellísima, que nadie debería dejar de soñar. Un castillo en la profundidad de las aguas. Cuando alguien llega de visita, el océano se abre y lo deja pasar. Y este rey Dragón (o muchos, uno en cada mar) tiene hijos y nietos dragones, generales cangrejos, tenientes pescadillos, las carpas son brigadieres y las tortugas, generales con caparazón.

Maravillas de la literatura del misterioso continente asiático. Culturas tan distintas a la nuestra nos fascinan



con sus enormes campos, sus caminantes incansables y sus montañas cubiertas de niebla. Escenas y personajes nuevos que nos enriquecen, hacen crecer nuestro mundo y nuestra imaginación.

En esta antología, como es natural, no podían faltar los campesinos del arroz, las muchachas bellas, los monarcas malvados, el agua, una y otra vez, las tempestades y los hombres y mujeres buenos. No podía faltar Alá, el gran dios.

Claro que, así como hay imágenes absolutamente originales, hay también, como en casi todas las historias de tradición oral, un hombre que se convierte en piedra, otro que puede entender el lenguaje de los animales, parejas enamoradas, y venganzas y perdones.

Pero lo que hay, sobre todo en esta cultura y en esta selección de cuentos, son preguntas. Preguntas que se hacen los personajes, preguntas que nos hacemos todas las mujeres y los hombres del mundo. Preguntas que no traerán respuestas, pero sí, por el solo hecho de hacerlas, nos acercarán un paso a la sabiduría.

El cuento de Wang Fo es el primero, porque es uno de mis preferidos. Lo he leído infinidad de veces, lo he narrado siempre que he podido y creo que es una hermosa metáfora acerca del arte y su efecto en la vida de las personas. Como verán unas líneas más adelante, a Wang Fo el arte lo condena... y el arte lo salva.



Sería bueno tenerlo en cuenta: el arte, en cualquiera de sus expresiones, te puede salvar. Y aquí podríamos seguir pensando sobre qué significa la salvación, pero me parece que ese será tema de otro libro.

Gracias por seguir escuchando (o leyendo si prefieren) estas historias que hacen un enorme recorrido. Las leo, las pienso, las sueño hasta que salen de mi cabeza, llegan a mis dedos que presionan las teclas de una máquina.

Y salen al mundo estas nuevas versiones de cuentos mil y una veces contados.

Margarita Mainé





EL PINTOR WANG FO



ang Fo y su ayudante Lin
recorrían los largos cami-
nos del reino de Han.

El pintor, encorvado por los
años que ya eran muchos. Su ayudante, encorvado también por
cargar los pinceles, los colores y las escasas pertenencias que
llevaban de aquí para allá.

No poseían más que eso, porque a Wang Fo no le in-
teresaban las cosas, sino la imagen de las cosas que podía
representar en sus obras.



Caminaban sin rumbo hasta que, de pronto, el pintor se detenía y fijaba la vista en algo. Esa era la señal de que había encontrado un lugar.

Lin dejaba los bártulos en el suelo y al levantar la cabeza, veía el paisaje que el maestro había elegido. Con gran esmero, el ayudante preparaba los pinceles y los colores para que a Wang Fo no le faltara nada. Entonces, el anciano comenzaba a pintar. ¡Pintaba maravillosamente!

La escena se repetía cuando llegaban al bosque y Wang Fo usaba verdes brillantes, opacos, claros, oscuros, amarillentos reflejando toda la belleza de los árboles.

Cuando subían una montaña y Wang Fo se detenía, Lin preparaba los colores. Cada piedra quedaba representada con el tono exacto.

Y si atravesaban el desierto, Wang Fo podía pintar el sol abrasador sobre la arena al punto que parecía que la pintura ardía con su calor.

En el mar, Lin preparaba todo sobre la arena, y Wang Fo pintaba hasta que el viento soplaba con fuerza, como si intentara verse reflejado y ser parte de la obra.

El pintor y su ayudante podían pasar horas, y a veces días, mezclando colores para conseguir justo aquel tono que les mostraba la naturaleza.



Claro que Wang Fo, como todo artista, era un poco distraído. En algunas ocasiones, un mínimo detalle podía alejarlo de su tarea, un picaflor con sus colores brillantes, una mariposa o una pequeña abeja que pasaba volando era suficiente para que el anciano abandonara la pintura que estaba haciendo e intentara captar ese breve momento en otra obra.

Todos los habitantes del reino de Han conocían y respetaban a Wang Fo. Eran muchos los que lucían en sus viviendas una de sus pinturas, ya que al maestro no le interesaba el dinero. Podía vender sus cuadros por diez monedas de oro o por un plato de arroz, según fuera la situación.

Una vez al mes, los dos viajeros se detenían en un pueblo. Wang Fo vendía sus pinturas, y Lin se encargaba de comprar lo que necesitaban para retomar el camino.

Y en eso estaban una oscura noche, cuando algo imprevisto sucedió. Wang Fo y su ayudante descansaban en una pequeña posada donde les habían ofrecido alojamiento a cambio de una obra. De pronto, se escucharon ruidos de caballos, gritos, y los soldados del emperador entraron derribando la puerta.

Sin explicarles nada, levantaron a Wang Fo de su lecho, le ataron rudamente las manos y lo llevaron a empujones hasta el castillo del emperador. Lin los siguió cargando pinturas y pinceles, muy preocupado, temiendo que las sogas lastimaran las delicadas manos del anciano pintor.



Atravesaron los muros, habitaciones y patios hasta que, finalmente, ingresaron al salón imperial. En un enorme trono dorado, estaba sentado el nuevo emperador del reino de Han. Era tan magnífica su imagen que Wang Fo pensó en pintarlo, pero las sogas en sus manos le hicieron recordar la situación en la que se encontraba.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó después de hacer una reverencia—. Tú eres joven, yo soy un viejo. Tú eres rico, yo soy pobre. Tú tienes poder, yo no tengo más que mis pinturas ¿Qué mal pudo hacerte este viejo pintor para tratarlo de este modo?

—Para responder esa simple pregunta, tendré que contarte mi vida —dijo el emperador con el rostro alterado. Wang Fo no pudo dejar de pensar que si le dieran la oportunidad de pintarlo, reflejaría el enojo de todos los hombres del mundo.

El muchacho, entonces, comenzó a hablar:

—Me criaron, como corresponde a un futuro emperador, encerrado en las paredes de este castillo. Sabrás, Wang Fo, que los sabios dicen que un heredero no puede caminar por las calles, ver la pobreza, la tristeza y la fealdad del mundo. En mis habitaciones, solo entraba la luz del sol. En las paredes, mi padre fue colgando, una a una, tus pinturas, las que vendías después de cada viaje.

Y así conocí tu sol, Wang Fo, tus montañas, tus árboles. El desierto y el cielo, el mar y el río, las calles y también



a la gente. Me enseñaste con tus pinturas que el mundo era hermoso y crecí soñando el momento de salir del palacio para conocerlo.

Llegó el día, cumplí dieciséis años y se abrieron las puertas para mí.

¡Con cuánta alegría imaginé ese momento y cuán triste fue! El cielo no era tan luminoso como en tus pinturas, las montañas me parecieron piedras, una arriba de la otra. El desierto resultó un lugar espantoso donde no pude encontrar ese amarillo que reinaba en tu obra. Y las personas... las personas no eran bellas como tú las pintaste.

El emperador no pudo seguir hablando. Miró con severidad a Lin, que respiraba agitado pensando en el futuro de su maestro.

—El mundo no es como me lo enseñaste. —Continuó el muchacho muy conmovido—. Todas y cada una de las cosas que encontré fuera de este castillo me parecieron horribles y sin sentido.

Pareció que el emperador iba a llorar, y Wang Fo tuvo ganas de pintarle una lágrima cayendo por la mejilla.

—¡Me engañaste! —gritó cambiando la angustia por furia—. Eres un traidor y he decidido encerrarte en un calabozo sin pinceles, sin pinturas, para que ya no puedas engañar a nadie.



Un silencio helado se sintió como un muro alrededor del emperador. La lágrima que Wang Fo quería pintar en su rostro se deslizó por la mejilla de Lin.

—Pero antes... —agregó el hombre joven bajando la voz—, tendrás que terminar un cuadro que mi padre compró en el que puede adivinarse el mar. Me contaron que cuando estabas trabajando en él, pasó un ave y te alejaste para seguirla. Pintarás, Wang Fo, pintarás delante de mí, por última vez en tu vida.

Lin se apresuró a preparar pinceles y colores con intención de no molestar aún más al emperador. Un sirviente llevó la pintura donde el mar apenas asomaba, y un soldado soltó las manos de Wang Fo, que había escuchado las acusaciones sin defenderse.

La cara del anciano resplandeció al tomar el pincel entre sus dedos, y ya no le importaba el futuro.

Con un rosa pálido, pintó las nubes haciendo llegar el atardecer. Con celeste intenso, comenzó a pintar las olas de un mar cada vez más encrespado, como si se hubiera contagiado el enojo del emperador.

Y siguió Wang Fo con el azul, y con cada pincelada, se escuchaba el ruido de la ola rompiendo y algunas gotas salpicaron la cara del emperador.

Y cuando el mar estuvo listo, y la pintura chorreaba agua que inundaba el piso del salón imperial, Wang Fo tomó



el rojo y pintó una barca pequeña pero confortable a la que Lin trepó enseguida, acomodando las pertenencias de ambos.

Con el pincel en la mano, subió el anciano pintor a la barca. Con el pincel en la mano, saludó al emperador deseando que este hubiera aprendido a nadar ya que ahora el castillo entero se llenaba de agua salada.

Y así se alejaron Lin y Wang Fo, en una barca muy roja por el mar que el extraordinario artista había creado.

¿Adónde habrán ido?

¿Qué habrá hecho el emperador?







EL REGALO DE KIM



rased una vez, un campesino llamado Kim, que vivía con su familia en un pueblo lejano de un pequeño país, situado entre las montañas más altas.

Compartía la casa con sus ancianos padres, su amada esposa y sus dos hijos, que crecían rápidamente frente a sus ojos.

Los días transcurrían entre preparar la tierra, sembrar y cosechar. Todos los años, las mismas tareas, esperar la primavera durante el invierno y ver caer las hojas en el otoño.